
Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia, de Herfried Münkler	141
<hr/>	
La impunidad imperial, de Roberto Montoya	144
<hr/>	
Investigación para la paz y resolución de conflictos, de Fernando Harto de Vera	146
<hr/>	
Objetivos del milenio. ¿Se puede acabar con la pobreza?, de Pablo J. Martínez Osés	150
<hr/>	
The Dispossessed. Chronicles of the desterrados of Colombia, de Alfredo Molano	152
<hr/>	
Regresan siempre por primavera. Colombia: luz y sombra de un proceso hacia la paz, de Maribel Wolf y otros autores	154
<hr/>	

VIEJAS Y NUEVAS GUERRAS. ASIMETRÍA Y PRIVATIZACIÓN DE LA VIOLENCIA

Herfried Münkler

(traducción, C. M. Ramírez)

Siglo XXI de España

Editores, Madrid, 2005, 225

páginas.

¿Se puede definir todavía qué es una guerra? La concepción actual del fenómeno continúa muy asociada a ejemplos típicos de la edad moderna: estados enfrentados en batallas cuyos combatientes se podían identificar y donde se ponían en juego recursos logísticos y arsenales tan vastos que sólo un sistema fiscal era capaz de financiar. El choque de fuerzas producía, por supuesto, enorme destrucción humana y material. La situación y la naturaleza de los contendientes eran *simétricas*: se reconocían como entidades políticas y sus ejércitos, independientemente de su fortaleza relativa, aceptaban ciertas formas de lucha y, al menos en teoría, determinados límites para la aplicación de la violencia. Esta imagen convencional de la guerra, sostiene Herfried Münkler en su ensayo, se ha vuelto casi un obstáculo conceptual para entender el mundo contemporáneo. A lo sumo, puede resultar útil como medio para acentuar el contraste. Ahora los conflictos armados entre estados se hallan en franco declive, después de predominar ampliamente en el escenario histórico de los últimos siglos. Una visión inspirada en *Sobre la paz perpetua* de Immanuel Kant supone que la paz entre estados se explica por los progresos convergentes de la democracia y del mercado. Desde este punto de vista, un ámbito

internacional cada vez más abocado a la globalización capitalista y que vio florecer nuevas democracias sólo podría evolucionar hacia la paz, si bien es cierto que persisten zonas del planeta donde la violencia aún prima sobre la libertad comercial y los derechos constitucionales. Esta espléndida pintura, que parece contar con una amplia base a su favor (apenas hay ejemplos de democracias que se hayan hecho la guerra entre sí), es propia de un liberalismo autocomplaciente y está lejos de constituir una clave mágica de comprensión, asegura Münkler. Por un lado, no hay tantas democracias y, por el otro, esta teoría no permite entender la agresividad que ellas muestran hacia otros regímenes, ni estimar hasta dónde están dispuestas a llegar en su hostilidad.

Las guerras internacionales se han vuelto insostenibles por su coste y su incalculable potencial de aniquilamiento. En realidad, las potencias democráticas occidentales sólo intervienen en guerras *asimétricas*, y esta palabra designa un rasgo clave de las nuevas guerras, sean del tipo que sean. Las democracias lanzan ataques sólo si tienen asegurada de antemano una nítida superioridad militar, y esto incluye un riesgo muy reducido de bajas propias. La guerra de Irak sirvió también para tratar de superar el llamado “síndrome de Vietnam”, sin embargo, una feroz posguerra multiplica allí las bajas y erosiona el consenso interno en EE UU. Otras intervenciones evitaron el contacto físico entre tropas, utilizando armas teledirigidas o bombardeando desde aeronaves inalcanzables para el fuego enemigo. Como escribe Münkler, “la guerra ha perdido aquí todas las características de la clásica situación de duelo y, dicho cínicamente, se ha aproximado a determinadas formas de eliminación

de parásitos. (...) La clásica ética del soldado, que habría impedido durante mucho tiempo, de la manera más fiable, la conversión de las acciones de lucha en matanzas, ha sido sustituida por la precisión técnica y el control jurídico". El problema es que el uso de las armas sofisticadas no siempre resulta económico, tanto en términos de costes como de simple proporcionalidad militar. La tecnología es muy cara, mientras que los blancos que destruyen pueden ser muy pobres. En los países de cierto desarrollo resultan letales y, en cierto modo, "quirúrgicas" (la metáfora médica, donde el demócrata atacante asume un papel "sanador" mientras que su adversario se convierte en "enfermo", es uno de los argumentos más perspicaces de este libro), dado que afectan a centros de distribución y abastecimiento fundamentales que quiebran a la resistencia. Sin embargo, en lugares como Afganistán un misil de precisión puede costar mucho más que cualquier objetivo económico. La superioridad en el campo de batalla se vuelve entonces indispensable y se hace preciso arriesgar vidas, lo que plantea un problema político mayúsculo para las sociedades "pos-heroicas". El recurso a empresas proveedoras de mercenarios ha sido hasta el momento sólo un paliativo marginal. Sin embargo, desde otro punto de vista revela una de las variadas formas que puede asumir otra característica que se ha vuelto central en las nuevas guerras: la privatización de la violencia. El "neohumanismo militar", que se despliega por el mundo como si se tratara de llevar adelante una política interior más que una internacional, no es la única fuente de violencia. A los ataques desde el aire en nombre de los derechos humanos se ha sumado ahora una

"guerra" contra el terrorismo en la cual, dada la naturaleza del adversario, escasean localizaciones territoriales para bombardear, y que no ha tardado en convertirse en una guerra sucia a escala global. Pero es en las zonas fronterizas de los antiguos imperios coloniales o de las hegemonías políticas recientemente colapsadas donde se propaga otro nuevo tipo de guerra, que ya no suele encontrar en el estado un conductor ni a veces tampoco un enemigo (como sucedía en las guerras civiles o las revoluciones clásicas). Estas nuevas guerras están privatizadas, asegura Münkler, y en algunos casos son pujas poco más que gansteriles por el control de un territorio rico en algún tipo de producto, legal o ilegal, pero siempre interesante para el mercado mundial. Aquí se producen extrañas "economías abiertas de guerra", que prolongan la violencia puesto que no hay interés en acabar con ella, y nada fuera de una decidida intervención externa sería capaz de lograrlo. La guerra es crónica y es un buen negocio que lo sea. Estados desintegrados, ejércitos formados por elementos criminales o jóvenes (o niños soldados) sin más vías de ascenso social que el matonismo contra la población civil, señores de la guerra vinculados a las metrópolis a las que exportan: estos son los actores que protagonizan las nuevas guerras en el sureste asiático, en Asia Central o en África Subsahariana. Por sus efectos sociales y económicos, las nuevas guerras acaban por generar estructuras neocoloniales que bloquean no sólo el desarrollo, sino la posibilidad de una economía de paz. Los motivos que desencadenan estas atroces guerras son múltiples. Pero los étnicos o religiosos, tan propagados por los medios masivos de comunicación, no suelen estar

entre los principales. Actúan más bien como refuerzo de otros motivos más importantes y siempre ligados a la economía, según la tesis que defiende Münkler. La riqueza potencial de una zona es un detonante más poderoso que la pobreza real. De hecho, estos conflictos “intra-sociales” —ya que no se trata de “guerras civiles” tradicionales— se independizan de la lógica política y se centran sólo en la lucha por la ganancia. Se trata de guerras baratas que se financian a sí mismas y se llevan a cabo con armamento ligero y contra civiles indefensos: la batalla ha sido reemplazada por la masacre. El viejo *ius in bello* no posee ningún garante jurídico (habitualmente era el estado) y en su lugar se producen aberraciones como el abuso sexual masivo como instrumento de “limpieza étnica” y el desplazamiento de poblaciones (“con las violaciones se ahorran bombas”, afirmó una observadora en Zagreb, Croacia). El verdadero objetivo de las acciones “militares” es generalizar el terror entre los civiles, otra muestra de la omnipresente asimetría que caracteriza a las nuevas guerras. En ellas, los tratados de paz con los que convencionalmente la violencia llegaba a su fin han sido sustituidos por largos y accidentados procesos de paz. Münkler parece partidario de “ahogar en sus comienzos” el desarrollo de las guerras intra-sociales pero, ¿qué hacer después de la haber tomado el control militar del área? El intervencionismo simplifica el problema político y suele conducir a un atolladero. El verdadero problema es que las potencias que pueden intervenir carecen de un programa integrador para las (muchas) sociedades desarticuladas, y no que las intervenciones sean demasiado caras o políticamente

arriesgadas.

Es cierto que, desde un punto de vista exclusivamente estratégico, es razonable intervenir cuando los riesgos son bajos: una intervención no es tan sencilla cuando la guerra ya se ha transnacionalizado. Por otro lado, asegura Münkler, tolerar la guerra intra-estatal es también abrir una zona para la consolidación del crimen global. El derrumbe de las estructuras estatales en regiones lejanas de las más prósperas del mundo ya no puede dejar a éstas indiferentes. Problemas como los circuitos criminales del tráfico de droga o el terrorismo (por no hablar de diamantes o petróleo) vinculan a todo el planeta.

Cuando se quiere llevar a cabo una intervención, un primer paso es poner en marcha la necesaria “fábrica de consenso” televisiva. Pero el imperialismo, aclara este libro, no actúa mediante intervenciones militares. Por el contrario, las potencias centrales no necesitan invadir para asegurarse la apropiación de la riqueza periférica, ya que disponen de otros medios de subordinación: la concesión de créditos financieros, la radicación de grandes empresas y la cooperación militar. Sin embargo, es posible pensar que los occidentales no siempre se limitan a actuar en la guerra como socios externos de los señores locales de la guerra o como policías que, al final, terminan arriesgándose para imponer los derechos humanos. A veces también las impulsan políticamente.

A través de oportunas comparaciones históricas, y sobre un sólido fondo teórico, este libro desentraña la compleja y novedosa faz bélica del presente. No se concentra en el análisis concreto de ninguna de las “nuevas guerras”, sino que ofrece un panorama conceptual de sus variedades mediante la revisión de una vasta

bibliografía. Aporta, así, un análisis desde casi todos los puntos de vista imaginables, aunque haciendo énfasis en la economía. A menudo ésta es desestimada por las investigaciones pacifistas pero, para Münkler, la economía explica la larga duración y la agresividad que tienen los conflictos en ausencia de una autoridad política central que la domestique. Durante el siglo XX el estado fue el principal agente de la guerra. Hoy, la situación hace que en muchas zonas del planeta se le eche de menos.

José Fernández Vega
Profesor de la Universidad de Buenos Aires e investigador del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Su último libro es *Las guerras de la política. Clausewitz entre Maquiavelo y Perón* (Edhasa, Buenos Aires, 2005)

LA IMPUNIDAD IMPERIAL

Roberto Montoya
La Esfera de los Libros,
Madrid, 2005, 335 páginas.

“¿Crees en algo?”, me preguntó uno de los soldados y le dije que sí, en Alá; entonces me respondió: “Pues yo creo en la tortura y te voy a torturar”. Éste es el testimonio de uno de los prisioneros de la cárcel iraquí de Abu Ghraib, recogido en el informe del ejército de EE UU sobre los abusos a los prisioneros iraquíes, que fue elaborado por el general Antonio M. Taguba y es conocido como *Informe Taguba*. A finales de abril de 2004, cuando las torturas que los soldados estadounidenses perpetraban en este centro de detención salieron a la

luz, la Administración de George W. Bush ya contaba con los resultados de varias investigaciones internas que confirmaban los hechos. Una de ellas era el informe elaborado por el general Taguba. El presidente Bush y su secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, intentaron entonces hacer ver a la conmocionada opinión pública internacional que los responsables de los abusos, torturas y vejaciones a los prisioneros iraquíes eran sólo un puñado de militares. Pero pronto se comprobó que los casos no eran aislados, y que los prisioneros en las bases militares estadounidenses de Afganistán y Guantánamo (Cuba) también eran tratados de este modo. Los responsables del Pentágono habían autorizado las técnicas “agresivas” de interrogación años antes de que trascendiera el escándalo de la antigua cárcel de Sadam Husein.

En *La impunidad imperial*, el periodista Roberto Montoya demuestra que estas acciones forman parte de un plan diseñado desde la Casa Blanca y el Pentágono. Para ello analiza numerosos documentos internos del Pentágono en los que figura un gran elenco de “técnicas de interrogación”, así como informes legales que asesoran sobre cómo “blindar” a los torturadores ante los tribunales de EE UU e incluso ante la justicia internacional. El libro denuncia cómo EE UU está vulnerando los más elementales derechos humanos con la impunidad que le otorga ser la única potencia mundial.

El inicio de esta pesadilla podría situarse en febrero de 2002, cuando la Casa Blanca anunció su decisión de no aplicar los Convenios de Ginebra a los detenidos en Afganistán sospechosos de pertenecer a los talibán o a Al Qaeda, a los que se calificó como “combatientes ilegales” o

“combatientes enemigos”. Pero ya antes, en noviembre de 2001, todavía bajo la conmoción del 11-S, Bush abrió el camino a la impunidad de los militares de su país mediante la orden llamada “Detención, Tratamiento y Juicio de ciertos no ciudadanos en la guerra contra el terrorismo”, que reinstaura los tribunales castrenses. La iniciativa presidencial fue seguida por Alberto Gonzáles, que entonces era el más importante de sus consejeros y desde 2005 ocupa el cargo de fiscal general (ministro de Justicia) de EE UU. Gonzáles propuso no aplicar los Convenios de Ginebra para que los presos talibán y de Al Qaeda no pudieran suscribir los derechos que el texto reconoce a los prisioneros.

A partir de ese momento, la Casa Blanca se puso manos a la obra: redefinió el concepto de tortura y elaboró informes que tenían como objetivo justificar los llamados “excesos letales”. Al mismo tiempo, en el “limbo” legal de Guantánamo comienzan a aplicarse técnicas de interrogatorio que incluyen el uso de posiciones estresantes (como estar de pie), la utilización de técnicas de aislamiento de hasta treinta días, privación de luz y estímulos auditivos, colocación de capuchas, interrogatorios de veinte horas de duración... Rumsfeld incluso llegó a autorizar la utilización de perros como forma de atemorizar a los detenidos. Todo ello maduró y evolucionó hasta llegar a la guerra de Irak. Las fotos de las vejaciones y torturas en Abu Ghraib desvelan, dice el autor del libro, “una faceta de la perversión y la tortura desconocida por la opinión pública, que sucedía en pleno siglo XXI”. Se trata de la utilización del sexo como humillación y tortura contra cientos de hombres y mujeres. Lo más aberrante es que las tropas estadounidenses utilizaban estos

crueles métodos contra simples sospechosos: un informe de Cruz Roja Internacional señala que el 90% de los reos de este centro penitenciario habían sido detenidos por error.

La impunidad imperial también analiza el recurso a mercenarios y el fenómeno que Montoya califica de “privatización de la guerra”. Asimismo, dedica un amplio capítulo a la red de centros de detención secretos de EE UU en el resto del mundo, que le permite trasladar a prisioneros a países donde también se tortura impunemente, como Marruecos, Egipto, Pakistán o Siria. La conclusión de Montoya es desoladora. La renovación del gabinete de Bush para su segundo mandato sólo confirma los peores augurios. “Parece inevitable prever que en los informes de las organizaciones humanitarias de los próximos años se repetirán, como en los pasados, las denuncias de los atropellos cometidos contra los derechos humanos en aras de la *cruzada* contra el terrorismo en el mundo, que está muy lejos de haber terminado”, reflexiona. Tal y como afirma Adolfo Pérez Esquivel — premio Nobel de la paz en 1980 — en el Prólogo de este libro, “la única forma de no quedar sometido a la barbarie y en un estado de indefensión es poder llegar a tener la información correcta y ejercer la resistencia social y cultural de los pueblos”. Este libro contribuye a ambas cosas.

Rosa Meneses Aranda
Redactora de la sección de
Internacional del diario *El Mundo*
y experta en Información
Internacional y Países del Sur

INVESTIGACIÓN PARA LA PAZ Y RESOLUCIÓN DE CONFLICTOS

Fernando Harto de Vera
Tirant lo Blanch-Instituto
Universitario “General
Gutiérrez Mellado”,
Valencia, 2004, 294 páginas.

No abundan en castellano las publicaciones dedicadas de forma específica a la investigación para la paz y por ello este libro del profesor de la Universidad Complutense de Madrid, Fernando Harto de Vera, cobra especial relevancia. Concebido como un manual que puede ser utilizado para la formación universitaria, el esfuerzo de síntesis y recopilación que aquí se realiza y su tono didáctico lo convierten en un texto valioso para que los lectores interesados se acerquen a esta disciplina, relativamente reciente en el marco de las ciencias sociales y aún más en el ámbito de la actividad editorial en España. El primer capítulo relata la evolución histórica de la investigación para la paz y el proceso de institucionalización que ha seguido desde sus orígenes hasta nuestros días. Como fenómeno incluido en la categoría de los hechos políticos, los primeros intentos se remontan a la reflexión sobre la paz como artesanía intelectual; en este marco la reflexión se produce sobre todo desde presupuestos esencialmente religiosos y éticos. Los primeros intentos de plantear la paz como fenómeno autónomo y estudiar la posibilidad de lograrla mediante cambios y reformas del estado no llegaron hasta la Ilustración. El siglo de las luces fue también el que alumbró proyectos de “paz

perpetua” como los del abate de Saint-Pierre e Immanuel Kant. La paz fue abordada desde una perspectiva científica en los años posteriores a la I Guerra Mundial, de forma casi exclusiva en Estados Unidos. Hay diferentes clasificaciones temporales y de etapas según los autores que las formulan pero, en general, se acepta que en este país los precursores realizaron su tarea entre la I y la II Guerra Mundial, para llegar a la institucionalización e investigación hasta 1970 y al reconocimiento y expansión entre esa fecha y el fin de la Guerra Fría, en 1989. Sus avatares, en general, reflejaban los cambios producidos en el sistema internacional durante estos periodos y también las circunstancias propias de la política estadounidense: en los años cincuenta, por ejemplo, se pretendió conceptualizarla como “resolución de conflictos”, una denominación más neutral que “investigación para la paz” y menos susceptible de despertar críticas o sospechas en una época en que el *macarthyismo* dominaba la escena política interna. Desde el final de la Guerra Fría hasta la actualidad se asiste a un periodo de revisión crítica de lo conseguido y se ha intentado incorporar críticas constructivas desde la izquierda como la noción de *peacebuilding* desde abajo, la teoría social crítica, la crítica de género y el enfoque cultural. Europa no se incorporó de forma plena a este ámbito de la investigación hasta los años sesenta, y siempre tomando como referente (para la adhesión o la crítica, según las fases) el modelo estadounidense. Sin embargo, desde entonces se han producido aportaciones clave para este campo de estudio. En los años setenta, por ejemplo, destaca la fuerte crítica realizada a la producción de las décadas anteriores, especialmente

por parte de autores como el noruego Johan Galtung (ya en 1964, en el editorial del primer número de *Journal of Peace Research*) o Schmidt. Su propuesta fue introducir un concepto de paz más amplio que no consistía sólo en la ausencia de conflictos agudos, sino que incorporaba los procesos socioeconómicos que generan violencia latente y estructural. El capítulo repasa los principales hitos (institucionales y teóricos) de la investigación para la paz en Europa y su distinto grado de desarrollo en el norte y el sur del continente, así como algunas características que la distinguen de EE UU, por ejemplo, el menor nivel de presencia en ámbitos académicos.

Es destacable también el apartado dedicado a la investigación para la paz en España.¹ En este país la institucionalización de la disciplina es aún más reciente que en el resto de Europa, dado el retraso que el régimen franquista implicó para la producción intelectual, pero desde los años setenta y especialmente los ochenta han surgido numerosos centros y redes, vinculados o no a ámbitos académicos, que se dedican a esta actividad. Cierra el capítulo una extensa relación de los principales de ellos junto con sus publicaciones y actividades.

El capítulo 2, “El objeto de estudio: guerra, conflicto y paz”, refleja las principales corrientes y polémicas que se han producido en estas décadas en relación al propio concepto de paz, las distintas concepciones de la misma y su evolución histórica, así como las relaciones conceptuales entre ésta y la guerra. Aunque son diversas las posibilidades, el autor dedica especial atención a la polémica

entre los defensores de la paz negativa (ausencia de guerra y violencia directa) y aquellos que propugnan un concepto de paz positiva, caracterizada por la ausencia de violencia directa y guerra y por la presencia de justicia social. El creador de este concepto, Galtung, generó con su revisión crítica una escisión de la disciplina en dos grandes sectores que sólo se superaría, para llegar a un cierto consenso, desde los años ochenta. El capítulo aborda a continuación la conceptualización de la guerra desde perspectivas legales o formales y sociopolíticas, así como una tipología de las mismas, y una descripción de los distintos enfoques sobre el conflicto.

La pluralidad de los conceptos de paz tiene su reflejo en la diversidad de enfoques y corrientes dentro de los estudios sobre la paz y el conflicto, que centran la atención del tercer capítulo de este volumen. El autor repasa las clasificaciones que se manejaron en las últimas décadas y llega a la conclusión de que, en el área de conocimiento de la investigación para la paz, hay dos momentos claramente definidos: desde sus comienzos hasta los años sesenta y a partir de entonces, cuando la unidad inicial se rompe con el enfoque que abre la obra de Galtung. Los autores que realizan sus planteamientos antes de los años noventa se hacen eco de esta escisión que dividió al paradigma en dos frentes. A partir de los años noventa, y con el precedente de Kenneth Boulding, el enfrentamiento se relativiza y se tiende a una visión integradora. En este sentido, Harto de Vera destaca como más apropiada la clasificación de Miall, Ramsbotham

¹ Sobre esta cuestión ver también Mabel González Bustelo, *Investigación para la paz en tiempos difíciles. El caso de España*, CIP-FUHEM, Madrid, 2003.

y Woodhouse, con su énfasis en los enfoques realista, estructuralista y pluralista (el denominado “conflicto social prolongado”). La teoría del conflicto social prolongado parte de las formulaciones realizadas por John Burton y Edward Azar en los años ochenta. En esta época, las modificaciones del contexto internacional permitieron superar el debate entre realistas y estructuralistas. El enfrentamiento bipolar finalizó y a los conflictos típicos de la Guerra Fría les sucedieron nuevos tipos de violencia y las llamadas “nuevas guerras”, que exigían a su vez nuevos marcos explicativos. Estas modalidades de violencia difieren mucho de la guerra tradicional y se caracterizan por su origen predominantemente interno y por sus múltiples factores causales y dinámicas, así como por la dificultad que plantea delimitar con claridad su inicio y su final. El capítulo cuarto y último ofrece una panorámica de las principales técnicas producidas desde la disciplina para la solución pacífica de conflictos, con lo que muestra la utilidad práctica de esta materia como ciencia aplicada. El apartado se abre con una revisión del estatuto epistemológico de la investigación para la paz, que incluye sus principales características y su relación con otras ciencias sociales. En este sentido destaca su carácter normativo (la investigación para la paz no pretende sólo comprender las causas de los conflictos, la violencia y la guerra desde una perspectiva analítica, sino que éste sea un primer paso para su erradicación o la disminución de los niveles de violencia). La paz, por tanto, se considera un valor a perseguir. Otro aspecto clave es su transdisciplinariedad e interdisciplinariedad, dado que, desde sus inicios, en ella confluyeron los conocimientos de

distintas disciplinas. En un primer lugar se situarían la ciencia política y las relaciones internacionales; en segundo, la economía, el Derecho Internacional, la historia y la sociología; y, en tercero, la antropología, matemáticas (teoría de juegos), psicología, geografía, etc. La tercera característica clave sería la búsqueda de aplicaciones prácticas y relevantes, que refleja el ya mencionado carácter normativo. El capítulo se cierra con un estudio detallado de las principales técnicas de resolución pacífica de conflictos y especialmente la negociación, con atención a los modelos de la negociación, su contenido y etapas, los papeles y funciones de los negociadores, modelos teóricos, etc. También se abordan con detalle las estrategias y modelos de mediación y las estrategias de la Organización de Naciones Unidas para la paz (*peacemaking*, *peacebuilding* y *peacekeeping*) y su evolución a lo largo del tiempo, especialmente a partir de la publicación en 1992 de *Una agenda para la paz*, del entonces secretario general Boutros-Ghali. Una extensa bibliografía y un detallado índice analítico completan un volumen de gran utilidad para todos aquellos que, desde España o en español, están interesados en un mayor conocimiento sobre el desarrollo actual de los estudios sobre la paz y el conflicto y la investigación para la paz. El estudio mencionado en la nota 1, realizado en el año 2003, mencionaba algunos aspectos de la investigación para la paz en España que desde entonces se han consolidado: el primero, el campo intermedio que se ha generado de investigación y formación, situado entre el mundo académico y no gubernamental; el segundo, que la Universidad se ocupa de temas como las migraciones, el multiculturalismo o la economía internacional desde perspectivas

que incluyen cada vez más las cuestiones de la guerra y la paz. Sin embargo, la investigación para la paz sigue teniendo una presencia escasa en las universidades, en la línea europea y al contrario de lo que ocurre en EE UU. Otra cuestión a señalar es que la investigación para la paz sigue teniendo escasos apoyos institucionales y que los centros de investigación afrontan graves problemas de debilidad financiera y organizativa. Estas dificultades financieras obstaculizan los proyectos de largo plazo y la coordinación entre los centros, reducida en muchos casos a iniciativas puntuales.

La proyección social depende mucho de los públicos objetivo. Ha continuado el crecimiento del número de masters y cursos de especialización, así como del número de alumnos, en numerosas universidades e instituciones. Sin embargo, la atención de los medios de comunicación sigue siendo discontinua y selectiva y depende de que el tema esté en el debate público (como ocurrió durante la crisis de Irak). En cuanto al nivel de influencia sobre los actores políticos, es variable en función del momento y de la institución.

La investigación para la paz parte de una perspectiva crítica del orden establecido y plantea alternativas al modelo dominante. A su vez, tiene un carácter internacional y opuesto a los intereses particulares de actores o estados, lo que la aleja de la visión realista y centrada en el estado-nación. En este marco sí ha habido novedades porque el cambio de gobierno, que ha dado lugar a un viraje profundo en política exterior, ha abierto nuevas expectativas de generar influencia política desde un enfoque centrado en promover la paz y la solución pacífica de los conflictos. El grado de interlocución con el gobierno central, por ello, ha mejorado, y se expresa en una

mayor receptividad hacia las propuestas realizadas desde este ámbito.

Sigue pendiente la conexión con los movimientos por la justicia global, que podría dar lugar a una mayor continuidad de los esfuerzos contra la guerra como los que se produjeron antes de la invasión de Irak, en la medida que se logre crear y difundir una crítica global a ciertas cuestiones internacionales. Por ejemplo, la falta de mecanismos efectivos para ejercer el control sobre un país decidido a usar la fuerza o sancionar a los transgresores del Derecho Internacional, la respuesta humanitaria que sigue siendo arbitraria o selectiva y la importancia de las normas comerciales y económicas globales a la hora de generar violencia estructural en grandes zonas del planeta. En definitiva, pasar del debate emocional sobre cómo parar una guerra al análisis y la reflexión sobre los mecanismos existentes para actuar en estos contextos y cómo mejorarlos. Por ejemplo, sobre cómo avanzar en la creación y fortalecimiento de instituciones multilaterales y de regímenes eficaces de protección de los derechos humanos, o unas reglas económicas más justas e incluyentes.

Mabel González Bustelo
Analista del Centro de
Investigación para la Paz
(CIP-FUHEM)

**OBJETIVOS DEL
MILENIO. ¿SE PUEDE
ACABAR CON LA
POBREZA?**

Pablo J. Martínez Osés
PPC, Madrid, 2005, 318
páginas.

Cinco años después de la firma de la *Declaración del Milenio*, en septiembre de 2000, Pablo Martínez Osés (responsable de incidencia política y campañas en la Coordinadora de ONG para el Desarrollo, CONGDE, y coordinador de la campaña “Pobreza Cero”) ha elaborado una guía introductoria, pero informada y analítica, de los elementos fundamentales de los Objetivos de la Declaración del Milenio. La *Declaración del Milenio* fue aprobada por 189 jefes de estado y de gobierno, en el marco de la Asamblea General de Naciones Unidas y como consecuencia de un largo proceso que se ha ido forjando desde el fin de la II Guerra Mundial. Este proceso se caracterizó, en sucesivas décadas, por una serie de hechos históricos como la descolonización, la bipolarización y el enfrentamiento entre los dos bloques y, por último, por el fin de la Guerra Fría. La década de los noventa estuvo marcada por la celebración de importantes cumbres mundiales, bajo los auspicios de Naciones Unidas, en las que se fueron dilucidando diversas cuestiones relativas al desarrollo internacional. En 1996, el Comité de Ayuda al Desarrollo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (CAD-OCDE) publicó su informe *Shaping the 21st Century*, en el que se formularon por primera vez los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM). Con

ellos, los países desarrollados asumían una serie de propuestas para erradicar la pobreza. La formulación de los ocho ODM consiste en una definición de carácter general acompañada por metas concretas, que especifican el contenido de cada propuesta y que abarcan el periodo de tiempo comprendido entre 1990 (fecha propuesta en la mayoría de objetivos como inicio para la cuantificación de los resultados) y 2015, fecha en que se plantea su cumplimiento. Martínez Osés pretende dar a conocer al gran público en qué consisten los ODM. Para ello analiza, por un lado, el grado de adecuación de cada uno de ellos con su propósito y, por otro, sus limitaciones y aciertos. También ofrece datos actuales y tendencias de los últimos años para describir el estado de incumplimiento de los objetivos.

Entre los capítulos dos y ocho se exponen los siete primeros objetivos de la Declaración: erradicar la pobreza extrema y el hambre; lograr la enseñanza primaria universal; promover la igualdad entre sexos y la autonomía de la mujer; reducir la mortalidad infantil; mejorar la salud materna; combatir el VIH/SIDA, el paludismo y otras enfermedades, y garantizar la sostenibilidad del medio ambiente. Estos objetivos son descritos junto con sus metas e indicadores, y también se realiza un análisis crítico que muestra que la formulación de casi todos ellos resulta, de una manera u otra, incompleta.

Pero el autor no se limita a exponer el objetivo y comentar su estado de consecución, sino que los capítulos contienen un estudio histórico del porqué de cada objetivo: las declaraciones y resoluciones en las que se basa, los debates acerca de su definición, el grado de consenso entre los países donantes y los

receptores para su aprobación, etc. También incluye artículos, informes, estadísticas y resúmenes de documentos oficiales que ayudan a la mejor comprensión de lo que propone cada objetivo. Por ejemplo, respecto al objetivo 1 se encuentran ejemplos de los problemas de definición que plantea y el debate en torno al concepto de “pobreza extrema” y cómo medirla, o por qué y cuándo se puede considerar que una persona está insuficientemente alimentada. En el objetivo 5, se critica la no inclusión del concepto de salud sexual y reproductiva. Los capítulos finalizan con un cuadro que recoge las debilidades de cada objetivo y, tras analizar esas insuficiencias, el autor propone claves para una nueva comprensión y revisión del mismo y de sus metas, con lo que logra una crítica constructiva que aporta soluciones bien fundamentadas.

En el capítulo 9 se describe el estado actual de incumplimiento de los objetivos. En primer lugar, el autor destaca que no hay datos sobre un centenar de países, por lo que la medición conlleva algunas dificultades. Para subsanarlo, recomienda mejorar la capacidad estadística en el ámbito nacional y considerar los objetivos por sectores sociales, étnicos o de género. En segundo lugar, repasa los hechos y tendencias respecto a cada objetivo y sus distintas metas, con tablas y gráficos que muestran que la zona menos desarrollada continúa siendo África Subsahariana, donde no se han producido avances en los últimos años. La conclusión es que falta recorrer una larga distancia hasta lograr el cumplimiento de los objetivos del milenio.

El objetivo 8 se refiere a fomentar una asociación mundial para el desarrollo y es considerado por el autor un objetivo especial, ya que plantea las metas a las que deben llegar los países enriquecidos para

hacer posible el cumplimiento del conjunto de los ODM. Este apartado sólo fue incluido en la Declaración por la presión que ejercieron algunos países en vías de desarrollo, y pretende un compromiso entre el Norte y el Sur por el cual “los países pobres deben mejorar la gobernabilidad para movilizar y gestionar recursos de manera más eficaz y equitativa, de la misma forma que los países enriquecidos deben aumentar la ayuda, reducir la deuda, equilibrar las normas del comercio internacional y aumentar la transferencia de tecnología”.

En septiembre de 2005 se celebra la Asamblea General de Naciones Unidas, conocida como “Milenio + 5”. De las decisiones que se adopten en ella dependerá el futuro de la agenda marcada por los objetivos.

A pesar de que se han dado algunos pasos, si se pretende alcanzar los ODM de aquí a 2015 será necesario pasar a la acción e insistir, por ejemplo, en “la necesidad de que los países ricos aporten el 0,7% de su Producto Interior Bruto (PIB) a inversiones sociales en los países empobrecidos, y en que cancelen la totalidad de la deuda externa” para aquellos países empobrecidos calificados como altamente endeudados (HIPC, por sus siglas en inglés).

Para concluir, Martínez Osés propone una serie de vías de mejora para los Objetivos del Milenio, entre ellas revisar las metas e incorporar nuevas propuestas; reformas en las instituciones internacionales para lograr, por ejemplo, la democratización de sus organismos de toma de decisión; retomar la agenda de la Ronda de Doha de la Organización Mundial del Comercio (OMC) para aumentar el acceso de los países empobrecidos a los mercados; extender los derechos humanos y promover los conceptos de

governabilidad y democracia en todos los países.

La lectura del libro puede producir cierto pesimismo puesto que, en los últimos cinco años, no se ha hecho prácticamente nada para lograr el cumplimiento de los ODM. De hecho, el empobrecimiento y la exclusión han aumentado. Muchos de los datos aportados, extraídos de fuentes oficiales como la Organización Mundial de la Salud (OMS), el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) o el Banco Mundial, desvelan la cruda realidad que se vive en algunas regiones del planeta. Se calcula que casi once millones de niños y niñas menores de cinco años mueren cada año como consecuencia de diarreas, infecciones respiratorias o enfermedades contagiosas como el sarampión, la malaria o el SIDA. Estas patologías no producen la muerte en los países desarrollados, pero en determinadas regiones del mundo son mortales por la vulnerabilidad que allí presentan los menores de cinco años. Por otro lado, según la Organización de Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), en el año 2003 el número de personas desnutridas alcanzaba los 841 millones, lo que se debe sobre todo a problemas de acceso a los alimentos y no a la disponibilidad de estos en los mercados. Esto ha vuelto a ponerse de manifiesto en la hambruna que en los últimos meses han sufrido Níger, Malí y otros países africanos.

Leticia Casañ Jensen
Colaboradora del Centro de
Investigación para la Paz (CIP-
FUHEM)

**THE DISPOSSESSED.
CHRONICLES OF THE
DESTERRADOS OF
COLOMBIA**

Alfredo Molano. Prólogo de Aviva Chomsky.
Introducción de Lance Selfa.
Epílogo de Mabel González Bustelo.

Haymarket Books
(www.haymarketbooks.org),
Chicago, 2005, 258 págs.
(Publicado originalmente
como *Desterrados: crónicas
del desarraigo*, El Ancora
Editores, Colombia, 2001).

“La historia, escribió E. H. Carr, consiste en un cuerpo de hechos verificados”. En la exploración que hizo este intelectual británico sobre su sentido dijo que es “un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado”. Las historias de personas que cuenta el periodista y narrador Alfredo Molano son hechos del pasado y del presente de Colombia. A estas personas les pasan cosas terribles pero, como son supervivientes en un país trágico, el horror se torna normalidad. Molano hace historia hablada, narrativa de los usos y costumbres de la vida diaria en el clima de la violencia, especialmente de personajes paradigmáticos que se ven obligados a huir, a estar en continuo movimiento por ser desterrados, desposeídos. Las cifras y las formas de la violencia en Colombia son sorprendentes a la vez que aterradoras. Millones de desplazados, exiliados, miles de muertos al año, asesinatos con altos niveles de crueldad, promoción de grupos paramilitares que han llegado a ser ejércitos organizados, guerrillas que controlan zonas del país durante décadas, alianzas entre

los grupos armados y el narcotráfico.

Las noticias sobre Colombia oscilan entre la violencia y la negociación. Ahora las negociaciones están situadas entre el gobierno de Álvaro Uribe y los paramilitares, y la polémica sobre una ley que puede castigar de forma leve a miles de asesinos profesionales a la vez que servir para que, débilmente penalizados y bien recompensados, especialmente sus jefes, cesen de usar la violencia que han ejercido hasta ahora. Las dudas sobre la ley de Justicia y Paz son inmensas. Uribe la presenta como “la ley posible”. Los críticos la ven como una forma de recompensa a los paramilitares.

La sorpresa en Colombia es inevitable ante las paradojas. Este país no vive bajo una dictadura, pero las violaciones de los derechos humanos durante décadas, y la impunidad con la que han actuado las fuerzas de seguridad —de forma abierta o colaborando y creando a los *paras*— son formas dictatoriales. Sin embargo, es un estado que tiene sindicatos, organizaciones sociales de muchos tipos, prensa libre y crítica, organizaciones no gubernamentales, fundaciones y sistema judicial.

Algunos de los datos y explicaciones que aporta *The Dispossessed* permiten entender mejor la situación. Colombia es un país complejo. La historia entre liberales y conservadores, entre lo urbano y lo rural, entre el desarrollo de la sociedad moderna y el mantenimiento de formas arcaicas paternalistas y violentas en el campo, y la lucha por la tierra, son algunas de las cuestiones a tener en cuenta desde tiempos de la colonia. Y, en particular, desde la configuración de un Estado ilustrado a la vez que autoritario, liberal a la vez que conservador, democrático y represivo, rico en recursos e

ingresando millones de dólares por el tráfico ilegal de narcóticos.

Estas contradicciones y paradojas han generado diversas Colombias, varias formas legales, diferentes maneras de regular la vida. En el impresionante estudio *El caleidoscopio de las justicias en Colombia*, de Boaventura de Sousa Santos y Mauricio García Villegas (Siglo del Hombre Editores y Universidad de Coimbra, 2001) se habla de esta sociedad de contrastes y del estado como una entidad distante que ejerce “una ajeneidad institucional amenazante”.

La Colombia que describen las crónicas de Alfredo Molano es la de la gente desplazada, amenazada, desposeída de su tierra, de su familia, de sus trabajos y de sus ilusiones y sueños. Estas personas, Ángela, La Mona, Ninfa, Álvaro y otros, son inicialmente campesinos. Los relatos tienen una estructura sencilla y un contenido, si no fuese real, de fábula religiosa. Son historias individuales pero configuran, leídas una tras otra, la narración de un éxodo. En todas se busca la salvación, pero todos los personajes están abandonados por Dios. Por el contrario, en casi todas están presentes los demonios.

Cuando aparecen hombres armados —paramilitares, ejercito, guerrillas, mafiosos narcotraficantes— los personajes dicen “llegaron los demonios”.

Las personas son desplazadas de sus tierras. Pierden y buscan trabajo. En el camino hacia no se sabe dónde van siendo asesinados hijos, hijas, maridos, padres, esposas. La gente sigue sola, se une a otros que están igual. Las uniones son casuales, solidarias, intensas y cansadas, con pocas palabras. Lo sexual se intuye, el afecto es frágil porque la muerte acecha y hay que tener cuidado de no querer demasiado. A veces, inclusive, surge la ilusión porque parece que cultivar amapola en vez

de café les va a dar la paz y algo de fortuna. Pero vienen los *demonios* y piden su parte, luego aparecen los guerrilleros y matan a los hombres por pactar con los *demonios* y cobran también su parte. A continuación ocupa el lugar el ejército, que tortura para saber donde están las guerrillas. Obra de teatro en tres actos y un epílogo: otra vez la huída.

Los personajes del libro hablan y cuentan a un narrador siempre anónimo que de tan invisible se vuelve uno de ellos (en cierta forma, menos dramática, es uno de ellos porque tuvo que exiliarse por sus denuncias contra la relación entre el estado y los *paras*). No hay descripciones ni datos ni aparentemente contexto. Pero quien quiera leer el sub-texto de lo que se dice podrá encontrar materiales para el análisis, o confirmación de los estudios sobre la violencia, sobre la apropiación de las mejores tierras por parte de ricos de diversa categoría, sobre la falta de ley, o de aplicación de la misma, que proteja a las personas pobres.

Los desposeídos de Molano podrían ser de cualquier parte y esto le da al libro, además, una dimensión épica. Trata sobre Colombia, pero podría ser sobre Timor Oriental, Angola, Camboya o Sierra Leona. Ángela y los demás son víctimas universales. Con palabras claras y sin demagogia, Molano retrata esta tragedia colectiva sobre la que existen dudas de que ahora vaya a cesar. Aviva Chomsky, Lance Selfa y Mabel González Bustelo le otorgan contexto en un libro excelente, una gran introducción de fondo a la dura realidad colombiana.

Mariano Aguirre

Coordinador de investigación en la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE), en Madrid.
Ex director del CIP

**REGRESAN SIEMPRE
POR PRIMAVERA.
COLOMBIA: LUZ Y
SOMBRA DE UN
PROCESO HACIA LA
PAZ**

Maribel Wolf (con la colaboración de Iván Cepeda, Claudia Girón, Camilo Castellanos y Federico Andreu Guzmán)
Icaria-Antrazyt, Barcelona
2005, 294 páginas.

La situación de los derechos humanos en Colombia es crítica. Los datos así lo confirman, tanto para los derechos civiles y políticos como para los económicos, sociales y culturales. El registro continuado de denuncias de violaciones de los derechos humanos atribuidas a la acción directa de servidores públicos —en particular miembros de la fuerza pública y de otras instituciones estatales, como la Fiscalía General— resulta escalofriante. Los grupos más agredidos por las fuerzas del orden son los representantes de la población civil y los defensores de los derechos humanos: sindicalistas, comunidades indígenas y afrocolombianos, periodistas, personas civiles detenidas o desaparecidas, mujeres, líderes sociales y personas víctimas de abusos por su orientación sexual. El informe de la alta comisionada de Naciones Unidas para los Derechos Humanos correspondiente al año 2005, sobre la situación de los derechos humanos en Colombia, denuncia la complicidad de las autoridades colombianas con grupos armados al margen de la ley, en particular los paramilitares, lo que compromete la responsabilidad del estado frente a estos hechos. El

gobierno ha objetado estas acusaciones y alega que su tarea primordial hoy en día es asegurar la presencia estatal en todo el territorio para luego centrarse en lograr el bienestar de la población. Esto preocupa a muchos colombianos y a la comunidad internacional, escépticos ante su estrategia. Ante la situación de vulnerabilidad y represión que sufre la sociedad civil colombiana, se han elevado las voces de muchos que viven el conflicto directamente, como los autores de este volumen.

El libro se abre con un prólogo del redactor jefe adjunto de *Le Monde Diplomatique*, Maurice Lemoine, en el que sintetiza el conflicto colombiano desde sus inicios hasta la actualidad y destaca la incomprensibilidad y contrariedades en torno a la violencia de este conflicto.

En la primera parte del libro, a lo largo de nueve capítulos, Maribel Wolf da testimonio de su propia vivencia del conflicto. Directora del departamento de relaciones internacionales en la ONG francesa Terre des Hommes, esto la convierte en representante de la solidaridad internacional desde 1980 hasta hoy. Desde esta organización, Wolf ha contribuido a difundir la universalidad de los derechos humanos y a dar a conocer la parte más silenciada del conflicto. A partir del acercamiento a la realidad de los niños abandonados y de las familias desplazadas, comienzan a comprenderse las problemáticas que enfrenta la población y también la realidad de represión política existente.

La autora hace referencia a diversas organizaciones como la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, el Consejo Regional Indígena del Cauca, la Unión Patriótica o la Unión Sindical Obrera y a las colaboraciones realizadas con Terre

des Hommes, con el objetivo de mejorar la situación de la población vulnerable en el seno de una Colombia azotada por la violencia. Al mismo tiempo aporta su propia visión sobre las causas de este conflicto que dura décadas y no parece tener una solución a corto plazo. Las condiciones que afronta la población civil se describen a partir de casos reales de campesinos, indígenas, sindicalistas, líderes de movimientos sociales o políticos que se han asociado para defender sus derechos y denunciar su situación de sometimiento. Según la autora, a partir del análisis de la historia puede apreciarse, por una parte, la voluntad de las organizaciones sociales de transformar el poder en favor de la construcción de una democracia más participativa y, por otra, la denegación permanente y persistente por parte del poder de cualquier abandono de su cultura y sus prácticas autoritarias. En este libro se resalta la tenacidad con la que muchos colombianos defensores de los derechos humanos han afrontado la situación a pesar de las amenazas, desapariciones y asesinatos. Finalmente, Wolf reafirma su certeza de que la cultura de la violencia y miseria no lleva a ninguna parte y de que, a pesar del sufrimiento que causa la lucha por los derechos humanos en Colombia, es una batalla fundada que no puede ser ignorada.

En el décimo capítulo —con el que finaliza la primera parte del libro— Iván Cepeda Castro y Claudia Girón Ortiz, creadores del proyecto “Galería de la memoria”, relatan su experiencia como exiliados víctimas de la violencia política y de la guerra sucia. Ambos son miembros de la Fundación Manuel Cepeda Vargas (senador asesinado por miembros del ejército en complicidad con los paramilitares)

y describen su vivencia en la búsqueda de justicia y las circunstancias que enfrentan para lograr tal objetivo. Además dan a conocer diversas cuestiones que han investigado, como la estigmatización social del conflicto colombiano, la promoción del debate público sobre la memoria de las víctimas de la violencia política y la experiencia de sufrir un exilio, que ellos mismos describen como “la denegación de las libertades fundamentales de la persona y de su derecho esencial de formar parte de la política, de su comunidad de origen”.

El libro atrapa a un lector que progresivamente entra en una realidad en la que la ley no vale nada y en la que la guerra se libra contra la sociedad civil y los defensores de los derechos humanos. El testimonio de estos investigadores muestra qué alto es el precio a pagar en Colombia por una causa justa. Lograr condenar a representantes de las fuerzas estatales por atrocidades que han cometido puede costarle a cualquiera la vida o significar el exilio, ya que el estado no proporciona garantías de protección a la vida.

En la segunda parte se encuentra un estudio realizado por Camilo Castellanos, del Instituto Latinoamericano de Servicios Legales Alternativos (ILSA). En él ahonda en la historia del país, desde un análisis de la aspiración irrealizada de crear un estado-nación moderno, y dando respuesta a por qué no se ha alcanzado este objetivo. En la trayectoria colombiana han convivido siempre las aspiraciones de la democracia liberal y prácticas autoritarias y desiguales para lograr esos objetivos. Un ejemplo de estas contradicciones es la existencia de la Constitución de 1991, que defiende valores de igualdad y

democracia y que coexiste con la represión de los sectores opositores al gobierno y los representantes de la población civil. No se ha logrado el objetivo de construir un estado moderno en el que reine la igualdad entre los ciudadanos.

El estudio con el que concluye el libro aborda la impunidad y las violaciones de los derechos humanos. Federico Andreu Guzmán repasa algunos casos de violaciones cometidas por las fuerzas militares o policiales. En este sentido, resalta la utilización y reutilización en el tiempo de mecanismos “legales” de represión y su articulación con prácticas criminales como asesinatos, desapariciones forzadas y la complicidad de las fuerzas militares con los paramilitares. El autor denuncia que no existe un sistema para asegurar el equilibrio en aquellos procesos penales en los que se condenan delitos cometidos por militares. Además, remarca que las negociaciones llevadas a cabo con los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), en el marco de la actual desmovilización, son parte de la estrategia estatal del presidente Álvaro Uribe Vélez para, bajo la apariencia de un diálogo por la reconciliación, reforzar los vínculos históricos entre determinados sectores del poder político y económico y legitimar así su alianza para controlar el poder estatal. Este volumen permite comprender los complejos mecanismos sociales, económicos y políticos que propician la violación de los derechos humanos y la incapacidad de quienes velan por su defensa. Tras su lectura el lector no podrá quedar impasible ante la barbarie, materializada en las continuas amenazas de muerte a quienes dedican sus vidas a defenderlos. Los autores piden a la comunidad internacional que presione al gobierno colombiano para que

cumpla con las recomendaciones internacionales en materia de derechos humanos y Derecho Internacional Humanitario (DIH), antes de darle más apoyo económico y legitimidad. Además, alegan que el estado colombiano debería redirigir su propia lógica de estado hacia la expansión de la democracia, equidad y justicia; valores a los que aspiran en la actualidad todos los estados modernos y la población civil.

Johanna Brauer

Colaboradora del Centro de
Investigación para la Paz (CIP-
FUHEM)